

DE BUENAS LETRAS

# Biología e historia de Antonio Jiménez Millán

ANDRÉS SORIA OLMEDO

**M**i primera publicación fue el breve y premioso prólogo a 'Último recurso', el primer libro de Antonio Jiménez Millán, ganador del Premio García Lorca 1977. (Aquel libro tenía ya una veta sarcástica y satírica que se prolonga hoy en 'Veinte sátiras y un deseo', que no cabe comentar en esta nota).

Desde entonces, y durante los siguientes cuarenta años –somos compañeros de curso– he seguido disfrutando con la lectura de sus libros sucesivos, y a veces intentando traducir por escrito ese disfrute para que otros lo compartiesen.

Es un privilegio y un gusto comentar las palabras mayores de 'Biología, historia' (Madrid, Visor, Colección Palabra de Honor, 2018), una piedra miliaria en una de las carreras poéticas más sostenidas y coherentes que conozco.

Da igual llamarlo nueva sentimentalidad o sentimentalidad otra o poesía de la experiencia, la voz de Antonio es una de las que inventó ese modo de acercamiento poético al mundo, en pie de igualdad con los otros: Quis-

quete, Luis, Álvaro (todos varones, ya está). Formado y doctorado en Granada, aunque su futuro profesional lo llevase a Málaga desde 1978, hasta convertirse en un muy brillante catedrático de Filología Románica, en cuanto a los versos está en sintonía con aquella poética –confesionalidad distanciada, amor por su ciudad natal reflejado en los nombres, saber fingir lo que siente de veras–, pero haciendo su camino propio y claro.

No puedo ser neutral cuando soy del mismo año que mi primo, mi amigo, y en otro plano, al leerlo, su semejante y su hermano: Me impresionan sus versos, me divierte advertir la presencia de 'Doña Rosita la soltera': «Ayer cumplí sesenta años./ Hace ya tanto tiempo que me ronda la muerte/ como una vieja enamorada y sola».

Para el vitalista moral que es AJM vida y literatura (o biología e historia) están trabadas desde siempre. Como los grandes cantaores de flamenco remozan en el presente las palabras del pasado. La persona va a Nueva York y se deslumbra, como todos los turistas. El

poeta recuerda y resuelve: «En la noche de julio, / la lluvia en el asfalto es un espejo/ de carteles y luces de neón- / Faros de coches. De repente, / llegan imágenes de 'Poeta en Nueva York'. / El cristal y la sierpe, las palomas y el cielo».

El primer verso de un poema sobre los carros que en su infancia transportaban la caña de azúcar en la costa reescribe a Virgilio: 'Lentos al alba' (Con diecinueve años y con el uniforme azul de la Aviación, Antonio se sacaba un dinerillo dando clases de latín; de modo más secreto, aquel estudiante soldado era dirigente local del PCE; 'Lentus in umbra...').

Siempre manejó bien los quiebros aforísticos, quizá propios del poeta y profesor consciente de la historia española y –como romanista– catalana (ha traducido a Espriu, a Margarit): «Los fanáticos siembran el terror, / escogen las ciudades que hemos amado todos». También en la sección de poemas en prosa: el resentimiento «Es el reverso de la culpa, pero igual de estéril».

Los 'Homenajes' se abren con Jaime Gil de Biedma, maestro de todos ellos en graduar los pasos que median entre la ironía y la ternura («hay que saber guardar distancias, / no creerse los fuegos de artificio») y pasan por la evocación de nuestro tío escultor hacia 1960 («buscaba en el alcohol una evasión / de aquel tiempo siniestro, / prefería mirar a solas el paisaje».)

No hay espacio para más glosas de las muchas que brinda un libro anclado en lo que la vulgata llama 'culturalismo', con una genealogía muy determinada: Brecht, Tzara, Blok, Gorki, Aragon, Benjamin, Roth, Baudelaire. También desde la izquierda puede uno perderse en Venecia.